

ALCALDE ENTRE NOSOTROS

Allá uno llega a tomarse un vaso de vino solo, sumamente solo. Allá es Rumania, Israel, España, donde le tocó vivir. Europa con su impersonalidad, sus dos guerras, su énfasis en el trabajo, sin amigos. A las seis de la tarde se cierran las puertas; es un peligro amar, dar la mano a otro ser, comunicarse, es un peligro leer un libro. Aparece el individualismo, la familia competitiva.

Después de seis años de ausencia regresa el aventurero de las mil profesiones, con 26 libros publicados y cientos de ideas hirviendo en su cabeza: Alfonso Alcalde. Pícaro, deslenguado, buscador incansable del lenguaje popular, del espíritu colectivo, el periodismo, el vino, los amigos, el amor y el teatro, visualiza al chileno y al europeo con ojos nuevos.

Alcalde sufrió la ausencia de su país como genuino representante del "caos armonioso de los chilenos: chueco, lindo, transparente, borracho, irresponsable, una melcocha y, sobre todo, enredista". El 11 de septiembre de 1973 lo sorprendió fuera del país y decidió no volver por un buen tiempo.

En Europa sufrió con Ceidy y dos de sus hijos la añoranza de los años de periodismo en Concepción, de vida bohemia, prostitutas y borracheras. De ese periodismo "que sale a buscar la vida", como la colección **Nosotros los chilenos de Quimantú**, dirigida por él. En que Chile se entremezcla de oficios, comidas, salitreras, terremotos, costumbres, masacres, organilleros y ostras de Chiloé.

A LAS PUERTAS DEL HORNO...

Rumania juntó a 1.500 chilenos en dos edificios, con sus historias cómico-trágicas como la del **Cabeza de queque**. Aquella del chileno que entra al departamento de un amigo cuando éste

está con la cabeza adentro del horno. ¿Y tú, qué estás haciendo? ¿Pero que no te das cuenta de que me estoy suicidando? De ahí vino lo de **Cabeza de queque**.

Lo cuenta con la misma ternura que trata a sus personajes literarios. Los condenados a muerte riéndose de los curas, los dos amigos inseparables que pasan las de Quico y Caco, arrasando el infortunio, la mala pata, ligados siempre a la salida ingeniosa.

Vislumbra un desmedrado escritor latinoamericano, en comparación al europeo. **"Aquí el escritor es un paria, un pobre triste h... abandonado a su suerte. No es un factor decisivo en el desarrollo del país. En cambio, los escritores europeos, con un solo libro de Manuel Rojas escribirían cientos de trilogías. Tal es nuestro desborde de situaciones. Aquí todo se expresa como puede, a patadas. Lo que valoriza al escritor es el subdesarrollo en que está inserto"**.

ESCRIBIR EL REGRESO

Desde Chile visualiza el gran regreso. "Habrà que hacer la historia de este exilio que afecta a casi tres mil chilenos. Cuando sea la hora de la vuelta, van a llegar niños como los míos hablando catalán, sueco, inglés, educados con otros hábitos". Analiza el ánimo de los exiliados: "Hay un común denominador. En Suecia, en Holanda, donde viven en condiciones materiales insoñables, son los que están más melancólicos. Dentro de esa marginalidad está la exquisitez de la tragedia y alegría de vivir: poder comerse un pan con ají, por ejemplo".

Alcalde sintió afuera la universalidad de sus personajes rurales, provincianos, haciéndose amigos de los rumanos. "Ahora han vuelto a casa, tomando el inconcebible cola de mono, a repensar lo que son, chascarreros, chasquillas, representantes de

un sentir nacional, no nacionalista; con un acaparamiento de condiciones melodramáticas y melojocosas. Donde el gran personaje es el pueblo, amargo, responsable, heroico, capaz de rescatar los valores eternos".

Personaje que es un payaso, pero inserto dentro de las necesidades humanas. Desesperado por carencias básicas, su miseria, su falta de formación, sin perder la chispa; como en su última comedia de equívoco popular, **Los dadores**. Dos amigos, creyendo que están en un hospital para donar sangre y ganar unos pesos, se encuentran donando un líquido aún más precioso. La cantidad exigida es excesiva, con lo cual uno argumenta: "es como pasar la luna de miel con un regimiento". Juego de dignidades y miserias, donde gana la imaginación absurda sobre la realidad.

Y están aquellos "que cuando tocas fondo y no hay plata y no hay nada" deciden hacer el negocio del siglo vendiendo tortas milhojas "sin ni una sola hoja". Pequeñas trampas, absurdas trampas que salvan al personaje de apuros, el chileno que argumenta con el sentimiento más que con razón, sentimiento que llega a una acusación implacable; el que reivindica los chascarros, la frustración por un medio indiferente a su humanidad.

Alfonso Alcalde esgrime entonces sus 58 años y su retorno, con la misma fuerza que lo hace añorar el bar con los amigos camaroneros, "comiendo jaibas alrededor de una jarra; mientras llovía, pasaban las gaviotas rasantas y nosotros hablábamos de la vida".

O sintiéndose con sus amigos escritores "folkloristas tirilientos como nuestros personajes" en la época que aún se les ignoraba. Con más años, la compañera, los hijos, estas ganas del regreso, Alfonso Alcalde se queda entre nosotros.